



MARTE, estatua de José Alcoverro

Tan fácil en concebir como presto en modelar, ha alcanzado el distinguido escultor D. José Alcoverro merecidas recompensas en exposiciones y concursos. Ferviente devoto del clasicismo, no por eso deja de cultivar el género moderno, en el que ha producido obras tan recomendables como la titulada *Al Páridol*, premiada en una de las Exposiciones Nacionales.

La estatua de *Marte*, que damos a conocer a nuestros lectores, hállese dentro del círculo de sus inclinaciones, y aunque modelada con sujeción a las reglas del clasicismo, no produce el cansancio que distingue a las producciones de los seudo-clásicos, frías y con ausencia completa de cuanto indica el potente esfuerzo personal del artista.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### LEJOS DEL MUNDO

El que padezca ataques de misantropía y no quiera ver gente —entendiendo por *gente* la que conocemos y tratamos— que se venga a Toledo en esta época del año, y se encontrará como en una Trapa, enriquecida con inagotables magnificencias artísticas. ¡Qué solos quedan los muertos!, diremos recordando a Bécquer. Y muertos son, en realidad, esos edificios calados, bordados y cubiertos de labores; muertos que guardan a otros muertos no menos gloriosos; civilizaciones que acaban en tumbas, como acabó la egipcia, sin duda para demostrarnos por un ejemplo convincente que todo se resuelve en el morir.

Toledo era, hasta hace poco, terror de los viajeros por sus malos hospedajes. Las posadas de Toledo reunían las peores condiciones de estrechez, de incomodidad, de poca policía y hasta de escasez en la comida, que pueden imaginarse. Hoy el capricho de un magnate, el marqués de Castrillo, ha dotado a Toledo de un *hotel* excelente. Verdad que esta excelencia se paga por las setenas. Para Toledo sería más conveniente un hospedaje aceptable y aseado, en condiciones no tan alarmantes para el bolsillo. Tal vez así la gente se acordaría a menudo de que Toledo es a la vez un museo y un relicario, y visitaría con cualquier pretexto la ciudad de los romanos, de los godos, de los árabes, de los reyes, de los emperadores,

de los cardenales —de cuanto Dios crió, porque Toledo, como Roma, ha visto florecer y extinguirse cuatro civilizaciones diferentes y hasta antitéticas.

Hoy sólo permanecen las paredes mejor ó peor conservadas. Los actuales moradores de la corte imperial se diría que han vuelto a los tiempos oscuros de Egica y de Recesvinto. Cuando cruzáis las solitarias calles, empedradas de puntiagudos guijarros, una ventana se entreabre, una cabeza curiosa se asoma y se retira hoscamente. A la puerta de las casas, en el inextricable barrio de la Antequeruela, las mujeres, sentadas en silletas bajas, se peinan al sol, y ejecutan en las cabezas de sus hijos la misma operación que, según el romance, ejecutaba Florinda amorosamente en la espesa cabellera del rey que había de perder a España. Una lechigada de chiquillos —no he visto nunca tantos juntos— os sigue y os acosa, os examina con salvaje curiosidad, comenta vuestro traje y vuestra manera de andar, y acaba por pedirlos, en monótona canturía, un *canquisú* (ignoro qué especie de bicho será, pero me figuro que es el *petit sou* de los mendigos franceses). Y da pena ver a criaturas tan frescas, tan rollizas, tan capaces de inteligencia y de educación, abandonadas así jugando a pordiosear, y demostrando un grado de incultura que asimila las calles de Toledo a las de Tetuán y Tánger. Acordábase yo, mientras me perseguía la bandada de los chiquillos toledanos, de otros niños nacidos en ciudad artística —los de Florencia—. Aquellos muchachos florentinos, dispuestos a servir de *cicerones*, nada piden, pero saben al dedillo lo que puede interesar al viajero. Su frase de admiración es discreta y oportuna; su indicación, útil y provechosa; su acento, al proferir una exclamación admirativa, al nombrar a Dante ó a Donatello, revela un criterio de arte, si no ilustrado, por lo menos justo. En Toledo no habrá granuja que no esté dispuesto a cargar con vuestro saco por dos reales, pero ninguno sabe responder a la pregunta de un extranjero. Se enredan en los pies como animalejos, y sólo sirven de estorbo.

Si exceptuamos la chiquillería, las mujeres que se espulgan al sol ó riegan macetas, y los carreteros y arrieros, en Toledo no se ve más concurso, pues el alegre enjambre de cadetes se circunscribe a la calle del Comercio, y si alguno encontráis por otras calles es seguro que le hallaréis cosido a una reja, pelando la pava. Esta soledad de Toledo tiene su poesía, no hay que negarlo. También suele verse, subiendo las agrias pendientes que del Tajo conducen a la ciudad, una figura que la civilización moderna va haciendo desaparecer en todas partes: la de la moza de cántaro. En Toledo escasea el agua, y la bajada al río es una ocupación cotidiana lo mismo que en tiempos de la *ilustre fregona*.

Grandes apuros pasé, por más señas, queriendo traducir estas dos palabras a unos viajeros franceses con quienes hice conocimiento en el *Hotel de Castilla*. Yo traducía las palabras; pero ¿cómo se les hace comprender la idea? Los franceses, gente en general ilustrada y amable, vienen siempre a España con el propósito de *conocerla* y hasta de *respirarla* y *absorberla* en un santiamén. Se figuran que es una cigarra ó una maja de fáciles costumbres, que de buenas a primeras abre la puerta a todos. Quieren permanecer en España una semanita, y retirarse pronto a su París —porque el francés no es viajero por naturaleza, — pudiendo decir enfáticamente: «¡Oh, L'Espagne!» Preguntan algo; piensan adivinar mucho; asisten a una corrida de toros; compran dos docenas de fotografías... y ya tienen su *España*, la de su imaginación, en el repertorio. Después escriben —los que escriben— cosas muy raras y muy estrambóticas. Temo que mis amenísimos franceses de Toledo no han de dementir esta regla. El uno de ellos, novelista y cronista, nos va a retratar Dios sabe cómo (aunque no sin gracia y arte). No acierto a pintar el gran empeño que tenía de ver bailar el fandango. Traté de quitárselo de la cabeza, asegurándole lo que es verdad: que el fandango ya no se baila; que yo soy española y no he visto fandanguar en toda mi vida. Ni por esas: el francés no renunciaba a su *fandango*. Juraba y perjuraba que en San Sebastián había presenciado un *fandango* en toda regla. «Sería un *aurreescu*,» le objetaba yo. «Bueno, es lo mismo,» respondió muy satisfecho, a lo cual nada tuve que replicar.

Debo añadir que estos franceses venían penetrados de respeto y de entusiasmo por el arte español. Su emoción ante la catedral y San Juan de los Reyes fué muy verdadera. Lo que pienso que *no entendieron* (es imposible servirse de otra frase) fué el Greco y su pintura. Estoy convencida de que el Greco se parece a las aceitunas: las primeras veces no gusta, y después no hay manjar más sabroso. Para mí el Greco tiene una condición especial: me vuelve indiferente al mérito de otros pintores sanos, normales y equilibrados. Los que visitan la sacristía de la cate-

dral de Toledo no suelen tener ojos sino para el fresco de Lucas Jordán que cubre la bóveda, y que pasa por obra maestra de su fecundo autor. A mí sólo me atraen los Grecos, sobre todo el *Espolio*, perla inestimable, del más fino y puro oriente. Aquellas cabezas pálidas, de una fuerza de expresión dolorosa, rebosando espíritu, me hacen detestar las rollizas figuras de Jordán, vulgares y bien diseñadas, antipáticas de puro correctas. Una de las cosas que me parecen menos auténticas es la supuesta locura del Greco, demostrada por sus cuadros. Melancólico debió de serlo siempre, eso sí, y basta ver su retrato para cerciorarse de que la tristeza, una especie de terror siniestro y misterioso, envolvía el alma de este excelente artista, cuyos ojos miran de un modo tan particular. La aristocracia del Greco consiste en este sello de melancolía incurable, altanero y sin embargo humilde, con mística humildad. Lo que más me gusta del Greco son sus ángeles. Como los de Goya en los techos de San Antonio de la Florida, los ángeles del Greco son mujeres, pero ¡qué mujeres tan ideales, tan extrañas, tan semejantes a lirios! Sus formas gráciles y ondulosas, castas a fuerza de delicadeza, parecen aún más soñadas por la prolongación de las alas finas y palpitantes. Los ángeles de otros pintores, aun los de Murillo, y lo digo con valor, no son al lado de los del Greco, sino materia, cuerpos humanos muy bien pintados, niños bonitos agrupados hábilmente, pero que se disponen a echar a correr si ven un juguete ó un cucurucho de dulces. Los ángeles del Greco son criaturas sobrehumanas. Este pintor único heredó el sentimiento vehemente de los primitivos y se anticipó al castizo realismo de Velázquez. La flor de la pintura española es el Greco, aunque Velázquez sea su tronco robusto.

Aun cuando no existe relación positiva entre el genio del Greco y algunas leyendas toledanas de las más poéticas, yo me complazco en imaginar lo que serían estas leyendas interpretadas por aquel artista tan original, tan enemigo del convencionalismo religioso. Siento que el Greco no nos dejase una *Santa Casilda*. ¿Habéis olvidado ya quién fué Santa Casilda? Nada menos que la hija del rey moro de Toledo Alimenón, tantas veces ensalzado en los romances, porque en efecto reunía el infiel la caballería a la tolerancia, y la cortesía a la más exquisita cultura. Sin embargo, como la época en que reinó Alimenón no era nuestra blanda época actual, los cautivos cristianos de Toledo se pudrían en unas mazmorras fértidas y tenebrosas, sin más sustento que un negro pan y un cántaro de agua descompuesta y tibia. Casilda no pudo resistir tal espectáculo, y por secretas escaleras y pasadizos se acostumbró a bajar a las cárceles llevando refrescos y viandas a los presos. Ellos le hablaban de sus creencias, de su Dios crucificado, de *Lela Marien*, la dulce madre de todos los hombres, y Casilda escuchaba juntando las manos, abismados sus grandes ojos negros en un extático transporte. Un día, al bajar a los calabozos con la falda atestada de comida para los cautivos, Casilda se encontró a su padre, el poderoso Alimenón, que alarmado por sospechas y delaciones, la preguntaba severamente qué llevaba en el regazo. Casilda sonrió. «Son flores,» dijo abriendo la mano y extendiendo la tela recamada de plata. Una fragancia exquisita se derramó por el ambiente, y Alimenón vió con sus mismos ojos una cosecha de rosas, blancas como la aurora, rojas como los labios de la doncella, sonrosadas como sus mejillas, todas frescas, recién cortadas, salpicadas del aljofar del rocío que bañaba los jardines del palacio real y de las vegas de Toledo.

Alimenón no era un padre feroz, como el de la gloriosa Santa Bárbara. No persiguió a su hija; la dejó que siguiese cogiendo aquellas rosas divinas de caridad y de entusiasmo. Hasta permitió que algún tiempo después, molesta por grave enfermedad, flujos de sangre, buscara la curación en un viaje a tierra de cristianos, bañándose en un lago bendito cuyas aguas tenían la virtud de sanar el cuerpo y el alma. Casilda regresó a Toledo curada y bautizada, y resuelta a acabar sus días en la penitencia y el retiro. Por una celdilla en sitio agreste, dejó Casilda, la infanta mora, su camarín alcatado y bordado de versículos del Corán, su baño de alabastro donde las esclavas negras derramaban esencias de Alejandría, sus trajes de gasa salpicados de perlas, la música de las guzlas y el brioso y guerrero eco de los añafles, que animaban a batallar contra el cristiano a los gallardos jinetes africanos de la guardia de Alimenón. La conquista del alma de Casilda fué anuncio profético de la de Toledo. Muerto Alimenón, Alfonso VI, *el de la mano horadada*, entró victorioso por la elegante puerta del arco de herradura, llamada «Antigua de Bisagra,» y al pie de la cual me gustaría ver crecer algunos rosales, en memoria de Santa Casilda.

EMILIA PARDO BAZÁN

Parece mejor es agosto llueve paisaje t vista que noccio, s en su ter lámpagos á Galicia plendoroso te, de un canta con Al mis

revistese pre han t el inconv verde de de paisaj salada de tan emin retratar t á empapa bosques camente cen con verde por ninguna res apro sorprend países de tintas pu Al ace advertir e veranean las aves dispersad sino poro deros di economía